

## GRANDE

Y ESTRUENDOSO ROMANCE DEL 6 DE DICIEMBRE.

Como retumban las nubes  
 Cuando las desgarran el trueno,  
 Como rebran las olas  
 Contra el huracán gimiendo,  
 Y en agitadas montañas  
 Se levantan á los cielos;  
 Como el retemblar la tierra  
 Al recibir con estrépito  
 La torre que se derrumba,  
 Regando el suelo sus restos;  
 Así ruge enfurecido,  
 Así se levanta el pueblo  
 Clamando: muera el tirano!  
 En la populosa México.  
 Y era el tirano Santana,  
 Que hizo del poder supremo,  
 Esclavo de sus pasiones,  
 El antro de sus excesos;  
 Que á la razón humillaba  
 Diciéndole *yo lo quiero*;  
 El que con sus favoritos  
 En la orgía y en el juego  
 Despilfarró los tesoros,  
 Del poder honra y sustento.  
 Las cárceles están llenas  
 De hombres al orden afectos,  
 Del taller huye el trabajo,  
 Los campos están desiertos,  
 El robo, machete en mano,  
 Ataja el paso al comercio;

En la frontera, el salvaje  
 Deja sus rastros sangrientos,  
 Y se levanta insolente  
 Y traidor el yankee artero,  
 Para mutilar la patria,  
 Atropellando el derecho.  
 En vano es que la justicia  
 Tronase en el parlamento,  
 Por los labios de Pedraza,  
 De Tulio con los acentos:  
 En vano que el grande Llaca  
 Flagelara audaz é intrépido  
 A los que á la patria amada  
 Llenaban de vilipendio.  
 Nada—al que manda, homenajes,  
 A la canalla el desprecio,  
 Si algunos discolos chillan,  
 Rigor y bala con ellos.  
 Y así cayó uno por uno  
 En lo más hondo del pueblo,  
 El combustible ignorado  
 Que al fin produjo el incendio.  
 ¿Y quién despertó á esa masa  
 Del ignominioso sueño?  
 ¿Quién convirtió en tigre horrible  
 A ese humillado cordero?  
 ¿Quién hizo mar formidable  
 El lago dormido y quieto?  
 Nadie—pero en las naciones  
 Hay un solemne momento  
 Que en la atmósfera los gérmenes  
 Vuelan de los escarmientos,  
 Y el volcán erupción hace  
 Con un frívolo pretexto.

## II

## EL DESASTRE.

Canalizo está en Palacio  
 Representando á Santana,  
 Cual su manequí sumiso,  
 Como esclavo y servil máquina;  
 Del tumulto se apercibe  
 Y en la tempestuosa alarma

Se le dice que la plebe  
 Ruge por calles y plazas,  
 Que ella exhumió furibunda  
 La pierna que fué inhumada  
 Del caudillo de Tampico,  
 En el amplio Santa Paula;  
 Le dicen que borran nombres,  
 Y que derriban estatuas;  
 Que las ponderosas puertas  
 Que la Alameda resguardan,  
 Hechas de barras de fierro  
 Y en la piedra remachadas,  
 Cayeron al recio choque  
 De la iracunda avalancha;  
 Corrieron como en torrente,  
 Haces débiles de paja.  
 Canalizo se enfurece,  
 Y con la necia jactancia  
 Que ciegos en su delirio  
 Suelen tener los que mandan,  
 Creyendo que todo pueden  
 Con el poder de las armas,  
 Acude á los veteranos  
 Que le están haciendo guardia;  
 Y su jefe le contesta  
 Que allí las leyes se acatan,  
 Recurre á los artilleros  
 En el colmo de la rabia,  
 Y ellos á su vez contestan  
 Con despreciativa calma:  
 Que ellos también son del pueblo,  
 Que no pueden hacer nada.  
 Entre tanto se acrecienta  
 Furibunda la borrasca,  
 Amenazando Palacio  
 Cual las olas irritadas  
 Azotan la incierta nave  
 Que abre claros á las aguas;  
 Entonces en la demencia  
 Que al fiero imperante embarga,  
 Ordena á Falcón el bravo,  
 Su ayudante de confianza,  
 Haga volar el Palacio  
 Sin detenerse por nada;  
 El oficial obedece,

Lleva en las manos la llama,  
 Y corre á los almacenes  
 En que el parque se encontraba;  
 Pero al paso lo detienen,  
 Lucha, resiste, lo amarran,  
 Y ve su impotencia el pueblo  
 Con risas y carcajadas.  
 Los ministros se dispersan,  
 Los soldados se entusiasman  
 Y ponen en los balcones,  
 Gozosos, banderas blancas;  
 Basadre á la chusma arenga,  
 En tanto que Haro se marcha  
 Y se escurre como anguila  
 Por una puerta excusada  
 Para ir á engrosar las tropas  
 Que defienden á Santana.

## SAN FRANCISCO Y LA PROCESION.

Al alzarse irresistible  
 Contra su tirano el pueblo,  
 De su dignidad verdugo,  
 Verdugo de su derechos,  
 Tras el úkase insolente  
 Que disolvió el parlamento,  
 Que hizo irrisión de las leyes,  
 Que rompiendo todo freno  
 Hizo de la fuerza, el robo,  
 El garito y los excesos,  
 Su política insensata,  
 Su sistema de gobierno.  
 A el atrio de San Francisco  
 Presurosos acudieron  
 Personajes distinguidos,  
 Próceres de grandes puestos;  
 En tropel, sin distinciones,  
 Confundidos y revueltos  
 Con el peladaje hirviente,  
 De comerciantes, de obreros  
 De mujeres como furias,  
 De jóvenes y de viejos,  
 Unos armados de espadas,  
 Otros con armas de fuego,  
 Con piedras las mujerzuelas,

Y con puñales los léperos,  
 Mas la multitud formaba  
 Remedo de mar inmenso  
 En que nadaban los rostros  
 Como en el aire y sin cuerpo,  
 Y otros vagaban dementes,  
 Abiertas bocas rugiendo,  
 Y figuras estupidas  
 De descomunales gestos.  
 Pepe Uruga y Luis Herrera,  
 Tan valientes como diestros,  
 Ordenan en batallones  
 Aquellos grupos inquietos;  
 Mientras por fuera del atrio  
 Desbordado y turbulento  
 El pueblo ruge y se azota,  
 Toda barrera rompiendo.  
 Las paredes, los balcones  
 Las cornisas y los techos  
 Se tornan de carne humana  
 Que con horrisono estruendo  
 Repiten: ¡Santana muera!  
 Rasgando agudos los vientos.  
 Al fin Herrera aparece  
 Presidente del consejo,  
 Y al que llamaban las leyes  
 Del poder al desempeño;  
 Era hombre por sus servicios  
 Y sus virtudes excelso;  
 Rostró dulce y apacible,  
 Calvo, de mirar modesto,  
 Blanca la piel, limpio el ojo,  
 De continente sereno,  
 Con la sonrisa en los labios,  
 Y en los peligros intrépido;  
 Con él están las lumbreras  
 Que honraban el parlamento,  
 Los escritores del siglo:  
 Que fué el paladín sin miedo,  
 Que arrostraba los peligros  
 Briosos, potente y resuelto,  
 De Santana y sus sicarios  
 De odio y rencores objeto.

## LA PROCESION.

Desocupado Palacio,  
 Poblando el aire repiques,  
 Vivas atronando el viento,  
 Valiente, alegre, felice  
 Se siente el pueblo, y en masa  
 Sus corrientes se dirigen  
 A ser del nuevo gobierno  
 Escudo y apoyo firme;  
 Y no hay ricos, ni pelados,  
 Ni canalla, ni catrines,  
 Hay hombres que se envanecen  
 De ser dignos, de ser libres;  
 Hierve en el atrio la gente,  
 Hay de milicianos miles,  
 Y la procesión comienza  
 Con Herrera que preside,  
 Dulce, sosegado, quieto,  
 Majestuoso y apacible.

El pueblo espera impaciente,  
 Turbulento, tempestuoso,  
 Que lleguen los diputados,  
 Que son su amparo y socorro;  
 Y los grandes senadores,  
 De la ley honra y decoro,  
 Rompiendo el humano oleaje  
 Van pasando uno tras otro.  
 —¿Quién es ese pequeñito,  
 Débil y pálido rostro?  
 —Ese chico es Manuel Alas,  
 El que valeroso y solo  
 Acusó ardiente á Santana:  
 ¡Que Alas viva, gritan todos.  
 —Y ese viejo? el gran Pedraza  
 Cuyo acento poderoso  
 Fué terror de los serviles,  
 De los tiranos asombro.  
 —¿Y ese chiquitín alegre?  
 Ese es el grande, el virtuoso,  
 Es el querido del pueblo,  
 Es el Gallo Pitagórico,  
 Gobernante immaculado,  
 Sabio á la vez que gracioso.

—Y los vivos estallaban  
 Entusiastas y gozosos.  
 —¿Y ese gigante que marcha  
 Con soñoliento abandono?  
 —Es el elocuente Otero,  
 —Blando mirar, dulce rostro,  
 Con un corazón de niño,  
 Con un proceder heroico.  
 Le siguen Cuevas, Guimbarda,  
 Godoy y Chico y Buenrostro,  
 La Rosa y Riva Palacio,  
 Y ya no recuerdo que otros.  
 —Mas, silencio, llega Llaca  
 Como extraño al alboroto,  
 En profusa capa envuelto,  
 Y al cuello asomando el rostro;  
 Con difíciles pisadas  
 Como doliente y quejoso:  
 Y ese fué el sublime atleta  
 Contra del poder monstruoso;  
 Y ese frente á los desmanes  
 De gobernantes viciosos  
 Les arrancó la careta,  
 Y los sepultó en el odio.  
 El pueblo le idolatraba,  
 Era su amor, su tesoro,  
 Y le tributaba culto  
 Espontáneo y fervoroso.  
 —¡Viva Llaca, nuestro padre!  
 —¡Viva el amado de todos!  
 Los jóvenes lo aclamaban,  
 Los niños le ven curiosos,  
 Y él marcha cabizbajo,  
 En su meditar absorto.

La comitiva á Palacio,  
 Llega tras de largo tiempo,  
 Y los cañones proclaman  
 Con su poderoso estruendo  
 El imperio de las leyes  
 Y la victoria del pueblo.

Enero, 1845.

### ROMANÇO 1º DE LLACA

Anubla la tiranía  
 El suelo de nuestra patria;  
 En donde estaban las leyes  
 Mandan fusiles y espadas.  
 Fungiendo están de Consejo  
 Galleros y barraganas;  
 En la mesa del garito  
 Se tratan materias arduas,  
 Y en alas del vil cohecho  
 El poder y el favor andan.  
 Todo es discordia en los pueblos;  
 Todo miseria en las arcas;  
 Todo en la ciudad zozobra;  
 Todo en las familias lágrimas:  
 Los tahures son caballeros,  
 Las meretrices son damas,  
 No hay honor en los palacios  
 Ni valor en las batallas.....  
 En la Cámara aparece,  
 Símbolo de la esperanza,  
 Voz del honor ofendido  
 Y la virtud ultrajada,  
 Un ilustre diputado  
 Que tiene por nombre Llaca,  
 Terror de los cortesanos  
 Y rayo contra la infamia;  
 Es de elevada estatura,  
 Envuelto en profusa capa,  
 Con negra nutria en el cuello  
 Que contrasta con su cara,  
 Que es del hombre que padece.....

Triste, pensativa y pálida,  
 No hay sonrisas en sus labios,  
 Pero hay fuego en sus miradas,  
 Únicas que tienen vida  
 Sobre sus facciones blancas,  
 Que en silencio ó que parlando  
 Se semejan á una estatua;  
 La diestra su vientre oprime  
 Pues en él, el dolor clava  
 Siempre el venenoso diente,  
 Dándole mortales ansias.  
 Así doblado, doliente,  
 Se le ve siempre en la Cámara,  
 Y lo tiene el imperante  
 Como á terrible fantasma  
 Que se alza sobre la tumba  
 Que preparan á la patria,  
 Y hace resonar los vientos  
 Con sus ecos de venganza.

Frente á frente los ministros  
 Nuestros derechos reclama,  
 Y pinta de los follones  
 Y palaciegos las cábalas,  
 Los robos de gerifaltes,  
 Las fiestas, las barraganas,  
 Que hacen nidos de serpientes  
 Y escondrijo de alimañas,  
 De Moctezuma el palacio  
 Y de Iturbide la estancia.

Cual torbellino á los mares,  
 Mueve al pueblo su palabra,  
 Aquella palabra sorda,  
 Sin ímpetu, sosegada,  
 Cual cadáver que suspira  
 Con la máquina galvánica,  
 Como sonido que sale  
 De la boca de una estatua.....  
 Conturbados los ministros  
 Se le acercan y le halagan;  
 Le preparan en las calles  
 Las traiciones y celadas,  
 El oro quieren que llegue  
 Para endulzarle á sus arcas:  
 Pero ni atiende al halago,

Ni le intimidan las armas;  
 Es la pública conciencia  
 Que impasible se levanta,  
 Y que todas las maldades  
 Del gobernante delata.....  
 El imperante furioso  
 De la Cámara la entrada  
 Cierra, y prepara prisiones  
 Para sujetar á Llaca,  
 Cadenas tendrán sus manos,  
 Sus labios tendrán mordaza;  
 Pero el noble diputado  
 No por eso se acobarda.  
 Busca refugio en el templo  
 Que de San Francisco llaman.  
 Allí están sus compañeros,  
 Y está la plebe indignada,  
 Allí quieto se dirige  
 El buen diputado Llaca.  
 La gente cuando lo mira  
 Con gran respeto se aparta,  
 Las cabezas se descubren  
 Con reverencia extremada.  
 Por todas partes el ruido  
 Plega sus sonantes alas,  
 Para no perder ni un eco  
 De sus divinas palabras.